

ror, sin esos preliminares de las pasiones comunes, afición, tristeza, vaga esperanza y más afectos indecisos que el corazón experimenta cuando se ha de amar con mesura. Agravio hubiera sido para la tal Fincoya quererla de ese modo: ella prende un vivo fuego en el cual es preciso consumirse. Súplicas fervorosas, lágrimas ardientes, pasos inconsiderados; celos, iras, desesperaciones, locuras y suicidios: tales son las ofrendas que se han de depositar en las aras de ese ídolo tan perverso como hermoso.



CAPITULO XLIII

DONDE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO ANTERIOR

Vueltas las damas cada una á su lugar, se vió á D. Quijote ir discurriendo entre ellas por dar quizá con la apasionada Secundina. Una de sus interlocutoras le dijo ser Lindaraja Salahonda, princesa de Chanchirico, para servir á su merced. No demuestra ser muy honda la princesa, antes parece hallarse en camino de salvación, según lo flaco y amortiguado del rostro. Desentendida de sus años, ésta, que pudiera ser dos veces madre, se entromete con las jóvenes, escogiendo siempre las más frescas y bonitas. Gusta de traerse bien y dar la moda, sin perder ocasión de mostrarse á los caballeros para tener el gusto de desdeñarlos con mil dengues de buen tono. Los enamorados que han pasado por sus horcas caudinas son un juicio; sus novios, todos los elegantes y hombres de consideración; mas pedir su mano es poner una pica en Flandes. Pasó D. Quijote sin deshacerse en cortesías, y llegó adonde estaba otra morena hirviendo en la movilidad de su temperamento. Ésta es la bella Pecopina, cuyo influjo sobre sus amigas es igual, por lo menos, al dominio que ejerce sobre la gente masculina. Si el amor se encarnara en cuerpo de mujer, tomara el suyo de los pies á la cabeza. Chiquita, no hasta ser defectuosa; desparpajada, no hasta la desenvoltura; viva, parlera, no hasta la importunidad: ni bella ni bonita, sino de las que se llaman donosas, esto es, mu-

jer en quien prevalece la gracia, aunque no puede jactarse de la perfección de sus facciones. Gracia, la tiene Pecopina para derramarla á chorros: junto con esto la exquisita sensibilidad del corazón y la delicadeza de los afectos la vuelven una de las mujeres más amadas del mundo. Su cuerpo, eso sí que es primoroso: pecho alomado, dividido en dos redondas prominencias; hombros tan atrevidos que están forzando el escote; brazo anticatólico, brazo de Venus, en el cual la blancura, la gordura, la redondez se dan la mano. Se ríe la bella Pecopina, mas no es feliz, ni es fácil que lo sea una de naturaleza como la suya, compuesta del fuego de la imaginación y el de la sangre, poesía en forma de lava hirviente, que está pasando y repasando sobre el alma. Le pareció bien la damisela á D. Quijote, y llegándose á ella con muestras de suma cortesía, le preguntó si era de las que tenían á su devoción un caballero andante. «Holgárame de haber conocido á cierto paladín ahora ha diez años, respondió la hermosa, y no me estuviera consumiendo en el desamor.» Exasperóse D. Quijote al verse en esta nueva ocasión con perjuicio de su dama, y como quien no cae en la cuenta pasó adelante, mientras la señora Chimbusa, gran amiga de la bella Pecopina, se vino para ella y le preguntó: «¿Qué arrumacos te hizo? Desde allá oí sus chicoleos. Debes de estar muy satisfecha. — Tanto como la que más, respondió la bella Pecopina; pero con celos de una cierta Dulcinea, llamada Petra Padilla ó señora Chimbusa. — No tengas cuidado, repuso Chimbusa: guárdate tu D. Quijote, que aún no parece el mío.» Y risa que se morían.

Pidieron los mancebos *la gallarda*, al paso que las señoras se decidieron por *los gelves*, ofreciendo que después se bailarían la *Madama Orleáns* y aun *la pavana*. Onoloria del Catay, antes que todas, se echó á la arena; y por el dios Cupido que bailó como para embeleso de los inmortales. Presta, leve, aérea, iba y venía agitando el piececito en mudanzas varias, concordando todos los miembros en sus graciosos movimientos. La mariposa que está volando y revolando sobre las flores, iluminada por el

sol matinal, no es más vivaz y alegre ni presenta á la luz con más ufanía los matices de sus alas. Baila Onoloria, la sangre se le encrespa al ejercicio, y el vaivén del corazón le anima el rostro, de tal manera que en el bermejor celestial de esas mejillas pueden arder los serafines. Encendidos sus labios, prenden fuego en el pecho de sus admiradores, fuego que corre al centro y hace dulces destrozos. Esta Onoloria del Catay es bella como una Gracia, honesta como una Musa, y en faltándole un punto al respeto debido, terrible como una Gorgona. Su nombre es Isolina Benjumea; cuando le tocó ponerse uno caballeresco para el sarao, tomó el de la dama de Lisuarte, añadiendo el del famoso imperio del Catay, por que le sonase mejor á D. Quijote.

Doralice Blancaflor no es menos que su *à latere* ni en hermosura de cuerpo ni en delicadeza de corazón: no hay sino que ésta no es como Onoloria, bondadosa y afable, casi humilde en el mirar y el hablar, con esa humildad empapada en amor, debajo de la cual dormita la fiereza de la virtud; Doralice pone la monta en dominar á los hombres por el señorío, cuando no tira á matarlos con el desdén. Alta, grave, la sonrisa no se le presenta en los labios sino en forma de menosprecio; y cuando habla es como dueña de vidas y haciendas. La Doralice del baile, en su casa y fuera de ella, se llama Dolores Fernán Núñez.

Ahora viene Olga, viene y baila, y el cadencioso movimiento de sus miembros cautiva hasta el oído, siendo así que el dulce error de la afición es creer que de esa persona embelesante brota una suave música. Olga baila y todo el mundo la contempla seducido, admirándola las mujeres, adorándola los hombres, sin que la aborrezca nadie. Privilegio es de la inocencia no despertar envidia ni en las que presumen de bellas y no sufren competidora en la hermosura.

Concluida esta danza, acometió D. Quijote á felicitar á las señoras, y de una en otra se llegó á una muy bien puesta que estaba ahí en voluptuosa sofocación dejando evaporar el cansancio. Díjole ésta que era Doñalda, con lo cual prendió el fuego en la imaginación del caballero andante, pues ese nombre le redu-

cía á la memoria las hazañas y las desdichas de uno de los mejores paladines. «¿Si vuesa merced es Doñalda, dijo, ¿será la mujer de Roldán el encantado, dueño de la insigne *Joyosa del bel cortar*? – Soy la misma, respondió la dama. Vuesa merced me ve aquí llena de indignación por hallarse entre nosotras esa pizpeta de Angélica la Bella, quien trae á mi marido, de algún tiempo á esta parte, fuera de sus casillas. ¿Pudiera vuesa merced hacer que mi esposo volviera á quererme? Aquí tiene vuesa merced á mi amiga la infanta Lindabrides, á quien un caballero andante ha enderezado el tuerto que le hacía Claridiana, su rival, con hacer que su amante vuelva á sus primeros amores. – Éste es el caballero del Febo, repuso D. Quijote, quien tenía el mal gusto de desdeñar á la hermosa infanta Lindabrides por esa ojinegra de Claridiana. Lo que es hacer que el ingrato D. Roldán vuelva á querer á vuesa merced, no está en las atribuciones de la caballería ni en la fuerza de mi brazo. – ¿Luego vuesa merced no tiene una maga protectora, dijo Doñalda, de ésas que poseen el secreto de prolongar y renovar el amor, mediante ciertos filtros, pociones ó bebedizos de que sólo ellas tienen conocimiento? Urganda la Desconocida hace que Amadís de Gaula viva gimiendo á los pies de Oriana, y le prolonga la juventud, á fin de que la venturosa Oriana le tenga siempre en sus fuertes años. – Urganda la Desconocida, respondió D. Quijote, la sabia Ardémula, Melisa, la reina Falabra, Dragosina, amiga de Esferamundi, Camidia, la maga Filtorana, la dueña Fondovalle y otras muchas han poseído esos filtros, pociones ó bebedizos que vuesa merced recuerda; pero de esto á que yo le reconquiste el corazón de su infiel caballero, no va poco. Lo que se podrá hacer será que yo le busque, desafie, mate y corte la cabeza. – ¿La cabeza? ¡Oh, no señor! ¡Oh, no señor!,» estaba diciendo Doñalda, cuando ya D. Quijote había pasado adelante, y un grupo de caballeros proponía que se bailara un *Rey Alfonso*. Rompió la música, tiráronse al centro señores y señoritas, bailaron hasta no más, se cansaron otra vez, y se acabó la fiesta.



CAPITULO XLIV

DE LA DESPEDIDA QUE DE LOS SEÑORES DEL CASTILLO
HIZO NUESTRO AVENTURERO

Rocinante y el rucio, aderezados ya, estaban á la puerta del castillo, y Sancho Panza averiguándose con las alforjas, las cuales, gracias á doña Engracia, las tenía rebosando de pollos, cecina, bizcocho y otras curiosidades muy del gusto de ese buen escudero. No había para él ocupación más grata que la de acomodarlas, ni rato más alegre que el de abrirlas. De gula, no comía, pero no le desagradaba mojar un mendrugo en un caldero de gallinas; y en viniéndole á la mano un tercio de capón, daba tan buena cuenta de él, que no había cuándo porfiar que lo concluyera. «Si el buen Sancho, dijo D. Prudencio Santiváñez, no tuviese algún motivo especial de amor á su rucio, se le podría trocar dicha alimaña con un cuartago de no mal talante y mucha fortaleza que tengo en mis caballerizas. Según entiendo, el rucio viene á hacer una como disonancia con el tan poderoso caballo de su amo; cosa impropia, además, de la profesión caballeresca. Aún sería de reflexionar si no se le diese una adehala por servir á escudero tan principal. – Con la adehala me contento, respondió Sancho. Lo que en el capillo se toma, con la mortaja se deja, señor: el rucio es mi hermano de leche, juntos hemos crecido, juntos hemos vivido, juntos hemos de morir. No porque ayer fuí gobernador y mañana he de ser conde, me he de poner á repudiar á mi compañero. Con mi rucio me entierren,

señores: si algo quieren darme, agradeceré la merced. — Advierta el gran Sancho, dijo el marqués de Huagrahuigsa, que al escudero de un D. Quijote de la Mancha no le conviene ir en tan humilde caballería como un asno: yo soy de parecer que se lo cambie, á pesar suyo, con el cuartago consabido, pues nunca se ha visto que personas de tanta pro y fama como él anden en borricos. — Vuesa merced no está en lo justo, respondió el capellán, quien se hallaba también presente: «El rey pobre, el rey pacífico, el rey salvador entrará en Jerusalén montado en un asno,» predijo Zacarías. Y montado en un asno entró en Jerusalén el rey pobre, el rey pacífico, el rey salvador. ¿Ha de ser cabalgadura despreciable la autorizada y preferida por el Rey del mundo? Calle vuesa merced, y deje que este hombre siga su camino sobre su jumento, aunque no sea sino por lo que tiene de humilde y cristiano. — Por lo que tiene de cristiano, sea, replicó el marqués; mas por lo de aventurero, ha de montar en caballo. ¿Dígame vuestra reverencia las personas de alto lugar que han ido á jumentillas, ni entre los antiguos, si no fué nuestro Señor Jesucristo, y eso únicamente por darnos ejemplo de humildad? — De nuevo se engaña vuesa merced, volvió á decir el capellán; el asno ha sido caballería de corte, lujo y boato en los mejores tiempos. ¿Pues veamos en qué montaban los Jueces de Israel? Los cuarenta hijos de Abdón y sus treinta nietos iban delante de él, caballeros sobre setenta asnos gordos, lucios, vivos, cuyos escarceos no podían ser mejorados ni por los corceles de Mesopotamia. Jair, junto con sus treinta hijos, señores de otras tantas ciudades, montaban en burros soberanos, como puede verlo vuesa merced en la Sagrada Escritura. ¿Póngaseles herraduras de plata á esos buenos pollinos, gualdrapa de púrpura sobre el pelo negro, y díganme si un magnate puede andar mejor montado? — Vuesa paternidad lo afirma, y aun cuando sea *ex fide aliorum*, así debe de ser, contestó el marqués. Mas todavía quería yo que el buen Sancho, que no es Abdón ni Jair, anduviese de hoy para adelante en un rocín mediano, porque no viniese á rivalizar con los Jueces de Israel y perderse por la soberbia.

— Para mi santiguada, respondió Sancho, que no he de ir á echar en tierra de una embestida las costumbres de mis mayores, quienes no montaron nunca sino en burros. — Pues yo soy de parecer, dijo á su vez el conde de Mayorga, que no solamente se le debe cambiar su rucio á Sancho, sino también su Rocinante al Sr. D. Quijote. ¿Qué dice vuesa merced de una buena cebra, animal que se traga cien leguas por hora, adecuadísimo, por tanto, para las aventuras que requieren velocidad? Y no se piense que semejante vehículo sea desautorizado en el mundo caballeresco: tienda vuesa merced la vista y vea cómo

«Por las sierras de Altamira
Huyendo va el rey Marcín,
Caballero en una cebra,
No por falta de rocín.»

No por falta de rocín; luego los más famosos caballeros han preferido la cebra al caballo. — Tan lejos está el rey Marcín, respondió D. Quijote, de ser famoso caballero, como de ser preferible al caballo aquel animalucho que menciona vuesa merced, el cual en resumidas cuentas no pasa de silvestre; alimaña notable tanto cuanto por la graciosidad de su cuerpo y aquel ordenado artificio con que la madre naturaleza quiso hermohear su piel, dividiéndola en fajas negras y amarillas. Mas dígame vuesa merced ¿cómo una cabalgadura buena solamente para la huída ha de convenir á ese cuyo asunto es acometer, pelear á pie firme y vencer? Si alguna vez me encontrase yo en el peligro de haber de retirarme, mandaría barrenar mis naves y darlas á la banda, como ya lo hicieron Agatocles y nuestro esclarecido Hernán Cortés. Digo que mataría con mi mano á Rocinante, á fin de que no me pasase por la cabeza la idea de huir ni retirarme. El que Marcín se hubiese encomendado á la velocidad de una cebra, no es ejemplo que puede seguir un caballero. — Si yo insinué esa especie, replicó D. Alejo, fué porque me pareció digno de un paladín como vuesa merced el montar un animal raro, casi fabuloso; bien como la reina Falabra andaba caballera en un

lobo sin cabeza, y como otros grandes y famosos caballeros han montado en grifos, unicornios, hicocervos, jirafas y otras maravillas. Mire vuesa merced al gigante Mordacho con cuánta gallardía y gentileza va á horcajadas sobre «un oso guarnido con unos cueros muy duros, que él puesto encima parecía más fiera cosa de ver y más espantable que el infierno. En la cabeza lleva el citado Mordacho un yelmo hechizo con agujeros enormes por los cuales saca las orejas. Su armadura es de huesos y costillas de sierpe, más fuertes y difíciles de hender que el acero mejor templado. El oso es muy grande y desemejable; y cada vez que el jinete le pone en los ijares las uñas de león que lleva por espuelas, da tan grandes saltos y bramidos, que á todos atruena y pone susto.» Por aquí puede ver el Sr. D. Quijote cuán natural sería que su merced jinetease una linda cebrá de los desiertos del África, si ya no prefiriese el lobo sin cabeza de la reina Falabra. — Yo sé por dónde veo las cosas, respondió D. Quijote; á mí me incumbe y atañe el saber lo que prefiero. Ni el oso de Mordacho, ni el lobo de la reina Falabra, ni el camello de la mágica Almandroga, ni cuantos hicocervos, jirafas, grifos, hipogrifos y demonios hay en el mundo, le llegan al tobillo á este mi buen compañero y amigo. Vengan los Alejandros sobre sus Bucéfalos, los Julios Césares sobre sus corceles de uña partida y cara de toro, los Rui Díaz sobre sus Babiecas, los Rugeros sobre sus Frontinos, los Astolfos sobre sus Rabicanes; vengan todos juntos: aquí está D. Quijote de la Mancha sobre Rocinante. — Ese corcel, dijo el barón de Cocentaina, debe de provenir de un enlace y cruzamiento extraordinarios, para que sea tan singular por su origen como por sus prendas. Estos grandes é ilustres caballos suelen tener su genealogía propia y diferenciarse de los demás esencialmente. Bucéfalo, aquel gran Bucéfalo que vuesa merced acaba de nombrar, ¿cómo y de quién nació?

— «Fízolo un elefant por muy gran aventura
En una dromedaria, cuemo dis la escriptura:
Venial de la madre ligerez por natura,
De la parte del padre frontales é fechura.

Si el mío fuese hijo de una dromedaria, sería dromedario, respondió D. Quijote: como descienda del más poderoso semental de los cotos de Andalucía y de la más fina yegua cordobesa, estoy contento. Y ahora sí que es la de vámonos, señores: mandar y adiós.» Al tiempo que montaba á caballo, como las damas del castillo estuviesen por los corredores, se llegó D. Quijote al Sr. de Mayorga y en tono de reserva le dijo: «Vuesa merced sea servido de indicarme la que entre esas hermosuras se llama Secundina. — ¿Secundina?, respondió el conde; ahí la tiene vuesa merced.» Y le enseñó una moza entre los pinches de la casa, que agrupados por ahí estaban á ver partir á los andantes. Era la tal una mujer baja de cuerpo, achaparrada, que traía á cuestras una muy buena joroba y metía hasta no más el un ojo en el otro. Atónito la estaba mirando D. Quijote, al tiempo que el Sr. de Mayorga alzó la voz y dijo: «Secundina, el Sr. D. Quijote de la Mancha se te encomienda, y aun desea le hagas la gracia de llegarte luego para un asunto de importancia.» Entre pasmada y obediente echó á andar la moza. Como D. Quijote la viese aproximarse cojín cojeando, arrimó las espuelas á su caballo y se partió.